

DISCURSO

POR EL LIC. RAMON BETETA

Pronunciado el día 2 de agosto de 1951, durante el homenaje que le fué ofrecido por los componentes de la Generación 1948-49 de Bachilleres

Honorables autoridades universitarias, compañeros y estudiantes:

Agradezco muy profunda y sinceramente a la Generación 48-49 de Bachilleres y en general a los estudiantes aquí presentes, este homenaje que han querido rendirme y que yo acepto conmovido como el reconocimiento de mi interés y mi cariño por nuestra Alma Mater, la Universidad Nacional Autónoma de México.

Después de varios años de ausencia, esta visita a nuestra vieja Casa de Estudios trae a mi mente recuerdos de otra época que no diré que "por pasada fué mejor", pero que sí fué muy distinta de la actual porque ella significó el momento de mi ilusionada juventud, análogo al que vosotros vivís ahora; época pletórica de planes, de ambiciones, de esperanzas y de propósitos para un mañana que, para mí, es ya presente.

Al escuchar las palabras plenas de entusiasmo de los jóvenes estudiantes César López de Garay y Enrique González Pedrero, cuyos amables conceptos agradezco muy de veras, y quienes han expresado el querer y el sentir de las nuevas generaciones que se están formando en nuestra Universidad, me he dado cuenta de que para estas generaciones, la mía, la de "1925", significa, tal vez, un ejemplo a seguir por el éxito que muchos de sus componentes han alcanzado en diversos campos de la actividad pública y privada. Por ello, acaso no sea fuera de lugar decir algunas palabras sobre lo que, en mi opinión, significa la preparación universitaria en la lucha por lograr la realización de las esperanzas y los planes de la juventud.

No hay, que yo sepa, fórmula alguna que fuera como infalible receta para obtener el triunfo en la vida. Ni siquiera está muy claro qué constituye realmente el éxito, ya que llegar a ocupar posiciones de responsabilidad en el Gobierno o en los negocios, en la Ciencia o en el Arte, significa una responsabilidad que es con frecuencia pesada carga más que garantía de una agradable y cómoda existencia.

Quizás por ello hay quien sostenga que el buen estudiante, el "machetero", el que se distingue en las aulas, va a ser un mal profesionista, un hombre fracasado. Y es que, efectivamente, si el éxito se mide en cifras y el ideal consiste en acumular riquezas, no es el camino más corto para triunfar el de la cultura, ni el de la Ciencia, ni el del Arte; no son los libros, ni los profesores, los mejores medios para adquirir las cualidades y características

que hacen fácil obtener el desahogo económico.

Más para aquellos que sientan la inquietud por entender la vida; para quienes tengan la capacidad de vibrar con las cosas bellas; para quienes perciban profundamente en su corazón la infinita ansiedad por un mundo más justo; para quienes sufran con la opresión en que viven muchos de nuestros semejantes y compartan los anhelos de superación que brotan de innumerables pechos; para quienes no puedan estar tranquilos mientras haya miseria y hambre, perversidad y egoísmo, ignorancia y rencor; para quienes, en una palabra, hayan descubierto el placer de servir y aprendido que la felicidad está más en dar que en acumular; para ellos, la Universidad es preparación indispensable para una vida superior que está definitiva y tristemente vedada a quien supo obtener el éxito económico, pero no halló la llave que le abriera el mun-

do de la fantasía, de la inteligencia, de la Ciencia, del pensamiento. El mundo de los libros tiene horizontes ilimitados. En él podemos resucitar y vivir de nuevo los acontecimientos de hace miles de años; sufrir con los dolores de pueblos ya desaparecidos o gozar con las alegrías y los triunfos de las generaciones que nos precedieron. Más aún, podemos visualizar el universo del futuro, soñar en lo que todavía no es, en lo que no habremos de ver nunca, pero que se está edificando desde ahora, ahí en donde se han construido todas las grandes obras de la Humanidad: en la mente del hombre.

Para quien ha penetrado en el mundo de los libros no hay hastío. El castigo que tiene el ignorante enriquecido es su incapacidad para gozar no sólo de su riqueza material sino, peor aún, la imposibilidad de reconocer que la verdadera, la más grande de todas las riquezas está en la habilidad de sentir, de apreciar, de gozar las cosas que son de todos y que generalmente no son comprables: el celaje en la tarde que acaba; el espectáculo del mar que se estrella contra los arrecifes; la frase que expresa nítidamente la idea buscada; el poema que descubre con firmeza el sentimiento; la estatua que copia el ritmo del cuerpo humano; el descubrimiento de un secreto de la Naturaleza tras años de investigación y de esfuerzo; el funcionamiento de un régimen social que busca libertad, esperanza y dignidad para todos los hombres.

Para esta juventud sanamente ambiciosa que está mejorando su cuerpo y su espíritu con la anhelante esperanza de ser, alguna vez, realmente útil. Para vosotros, jóvenes estudiosos a quienes puedo decir con el poeta: "Vosotros los que amáis los imposibles, los que vivís la vida de la idea y algo más que la llegada del invierno os recuerda el rodar de la hoja seca..." Para vosotros, hay un consejo que debo daros: Poned vuestra vista en elevados ideales, en trascendentales propósitos, en nobles ambiciones. No dejéis que lo inmediato, lo cómodo, lo pedestre o lo sencillo llene vuestras existencias. Recordad que sólo llega lejos el que de antemano ha fijado en un punto lejano del horizonte el sitio de final descanso.

Cierto que para realizar esos lejanos ideales, hay que ir alcanzando uno a uno otros más concretos, modestos e inmediatos, pero a los que no hay que confundir con los propósitos trascendentales y definitivos. Tal confusión es peligrosa para todos, pero principalmente para quienes habrán de ocupar posiciones directivas en nuestra Sociedad, como sin duda habrán de ocuparlas en lo futuro muchos de vosotros.

Cuántas veces nuestro país ha detenido su marcha ascendente porque sus dirigentes han sufrido una tal confusión. Citaré sólo un ejemplo: Quienes llevaron a feliz término el movimiento insurgente que culminó con la independencia de México, confundieron los propósitos permanentes de quienes lo habían iniciado, esto es, acabar con el mal gobierno, abolir toda clase de esclavitudes, buscar una más justa distribución de la riqueza, y pugnar por la libertad en todos los órdenes con el fin inmediato, que sólo era un medio: el rompimiento de los lazos políticos que ligaban a la Nueva con la Vieja España. De esta lamentable confusión resultó que se cambiara el beneficiario, pero no a la víctima. Se substituyó a los españoles privilegiados por mexicanos o criollos, pero se conservó el mismo régimen de opresión, de injusticia, de monopolio y de privilegio. Se consiguió el fin inmediato —necesario y útil, pero no suficiente— de la independencia política y se olvidó el fin inmediato elevado y trascendente: el reinado de la libertad, el respeto a la dignidad humana, la consecución de la independencia económica.

Una y otra vez en nuestra vida independiente se ha operado el mismo fenómeno: quienes han llegado al poder impulsados por un noble deseo de mejoramiento para las masas pugnano por necesarias reivindicaciones, dolidos por la miseria en que ha vivido nuestro pueblo o por la injusticia de que con frecuencia ha sido víctima, han confundido algunas veces las urgencias inmediatas con los propósitos definitivos y por obtener lo transitorio han olvidado lo permanente. El pueblo, sin embargo, por instinto siempre ha sabido cuál es su verdadera ruta. Sabe que los propósitos que tuvo en el movimiento de Independencia fueron los mismos que reafirmó en la Gue-



Ingenieros
Civiles
Asociados
S. A. de C. V.

rra de Reforma y los que gritó con renovado vigor al estallar la Revolución de 1910. Las circunstancias, las peculiaridades características de los hombres que en cada momento van teniendo las responsabilidades del mando, han ido fijando las metas concretas. Mientras estos hombres se confundan, la dirección permanecerá la misma, y México continuará su marcha ascendente.

A veces se antoja que el viaje por la vida se asemeja al de un piloto en su propio avión:

Quien ha de emprender un viaje aéreo debe ante todo trazar sobre el mapa la ruta a seguir. Después, ha de enterarse de las condiciones del tiempo, de los vientos favorables o adversos que habrá de encontrar y estudiará las alturas de las sierras que trasmontará. En seguida, debe verificar el buen funcionamiento de los numerosos instrumentos del aeroplano.

Toda esta preparación previa al vuelo es indispensable, como lo son los estudios que ahora hacéis en la Universidad y que al daros la técnica y el conocimiento de cómo se comportan la Naturaleza y los hombres, os están equipando en el viaje por la vida.

Cuando salimos de la Universidad puede decirse que estamos listos para despegar. Estamos ya en el avión. Hemos empujado los aceleradores; los motores rugen mientras el aparato corre sobre la pista de asfalto. A poco se levantará casi

sin intervención nuestra. Es el momento crítico en que deben cuidarse todos los detalles, la velocidad, la dirección, el tren de aterrizaje, el ritmo de ascenso.

Así también al salir de la Escuela es llegado el momento de cuidar los aspectos de nuestra nueva existencia, que ya fuera de la artificialidad que necesariamente tiene la vida escolar significa una readaptación y por eso es también un momento crítico.

Una vez en el aire todo se simplifica y se contrae a mantener el rumbo y la altura. En buen tiempo y si "volamos por contacto" como dicen los aviadores, iremos identificando nuestros puntos de referencia. Hemos puesto la nariz del avión hacia un pico conocido que en estos momentos es sólo una brumosa silueta en el horizonte, pero que se va definiendo más y más conforme nos acercamos. Ahora es ya una montaña color violado, pronto será azul, luego verde, más tarde distinguiremos los árboles que la cubren, las barrancas que la cruzan o los peñascos que la constituyen. Pero tan luego como llegamos nuestra meta desaparece y necesitamos una nueva que nos guíe. Escogemos un lago que con dificultad se descubre como una mancha plateada en la lejanía. Hacia ella enfilamos el avión; pero es ya tiempo de revisar nuevamente los instrumentos de vuelo: el horizonte artificial, el altímetro, el velocímetro, las temperaturas. Todo hay que verificarlo con rapidez pero con método, para mirar nuevamente la meta recién escogida que ya ahora percibimos alejándose hacia atrás bajo el ala del avión. Buscamos nuevas referencias. Es ahora una nube, un cúmulo potente que brilla bajo el sol asumiendo formas que nuestra imaginación asimila a objetos conocidos: un perfil humano, un perro sentado, un castillo fantástico. Al aproximarnos nos damos cuenta de que la nube se revuelve sobre sí misma, rotando en el espacio. Si tenemos que penetrar en ella todo el encanto desaparecerá; nos veremos envueltos en su neblina y agitados por su turbulencia.

Así también en nuestra vida cada día hemos de buscar un propósito, de concretar una ambición, de cristalizar un anhelo. Al conseguirlos se disolverán ante nuestros ojos y perderán todo su valor; pero no debemos desilusionarnos. Siempre hay una nueva meta que alcanzar, siempre habrá un nuevo propósito, una nueva ilusión que perseguir. Dejémoslos que lleguen y que pasen. En el vuelo que es nuestra vida tienen su lugar: con el examen que aprobamos; la tesis que hemos escrito; el empleo que acabamos de obtener; los ojos de una mujer que nos sonrío; el negocio que al fin arreglamos; el buen éxito de la disposición que hemos dictado.

Y así seguimos volando de una a otra meta hasta que viene una tormenta que todo lo cambia. Ya no hay camino visible, ya no hay punto de referencia, no

hay montaña, ni lago, ni nube; "bogamos ciegos" en una especie de mar que nos envuelve y que ha robado al aire su transparencia. El avión protesta y gime torturado por los esfuerzos irregulares a que lo someten las corrientes del viento; las alas se levantan o se caen y hay que nivelarlas. El aparato adquiere vida y voluntad propias y se empeña en abandonar la ruta. Como nervioso caballo encabritado parece asustarse ante los obstáculos invisibles que sólo él percibe o baja la cabeza con ademán decidido y penetra resuelto en la cortina de lluvia que las hélices atornillan, incansables. En estos instantes los instrumentos del avión adquieren importancia extraordinaria. De su buen funcionamiento depende nuestra vida; de ellos y de nuestra habilidad y preparación dependerá que lleguemos sin novedad al próximo campo de aterrizaje. Los momentos se eternizan. Hay que cuidar infinidad de detalles innecesarios en buen tiempo: el hielo en las alas, el enfriamiento de los carburadores, la posibilidad de que la deriva nos haya llevado sin que nos demos cuenta sobre montañas más altas de lo que supusimos; los aparatos eléctricos, siempre en peligro de ser afectados por la tormenta; el radio, que se llena de estática y cuyos ruidos ensordecedores tienden a aumentar la confusión en nuestro cerebro. Son los momentos de prueba en los que habrá de demostrarse la efectividad de lo que hemos aprendido y la condición de nuestro carácter.

En tales ocasiones, que habrán de presentarse también en nuestras vidas, es cuando comprendemos la importancia no tan sólo de nuestra preparación técnica, sino más fundamentalmente de nuestra preparación espiritual. Porque la educación no es sólo acumulación de conocimientos debidamente sistematizados, es también y sobre todo, formación del carácter, creación de hábitos que faciliten nuestra adecuada reacción ante los problemas, templanza del espíritu que nos hace mantener la fe en nosotros mismos y en los demás, en las ocasiones propicias para la confusión y para la duda. Si hemos adquirido esa preparación y no hemos olvidado a dónde vamos, habremos de salir con bien de la tempestad. ¡Qué bello nos parecerá entonces el azul del firma-

mento! ¡qué maravilloso el espectáculo que se extiende ante nuestra vista de un mundo que parece purificado por la pasada lluvia! ¡cuán seguro y feliz vemos el próximo aterrizaje!

Jóvenes estudiantes: fijad vuestra ruta antes de emprender el viaje. Estudiad los obstáculos antes de llegar a ellos. Poned altos vuestros ideales, escoged con nobleza vuestros propósitos. Trazad cuidadosamente vuestra ruta sobre el mapa de los años venideros. Proveeros de todos los conocimientos que podáis sobre las leyes de la Naturaleza y sobre los artificios de los hombres. Haced acopio del mayor número de aparatos y verificad con cuidado que son los adecuados y que trabajan bien. Entonces, y sólo entonces, emprended el vuelo con alegría y con optimismo.

Seleccionad vuestras inmediatas y concretas ambiciones, pero sin olvidar que al conseguirlas habréis de daros cuenta de que por sí mismas nada valían. No os engañéis: la montaña azul sólo es azul en la distancia; el lago es plateado únicamente cuando se le mira desde la altura; las nubes blancas y brillantes tienen con frecuencia en su interior corrientes y turbulencias que pueden poner en peligro vuestro viaje. No confundáis jamás vuestras ambiciones concretas, aunque sean legítimas y necesarias, con los altos ideales que os deben dar el rumbo definido. Y en los momentos aciagos cuando la visibilidad se pierde; cuando por todas partes lo que antes era aire límpido y transparente se convierte en lluvia enfurecida o en nieve peligrosa; cuando las cosas que parecían más firmes vacilan ante la tormenta, entonces dad gracias a los conocimientos que adquiristeis en los años de preparación, bendecid esta Escuela, todas las escuelas que os habrán dado la técnica para saber usar los instrumentos que son vuestro único guía, y la firmeza de carácter que os permitirá conservar la calma y el buen juicio, alimentar la esperanza, mantener la fe.

Si así lo hicierais, yo no os profetizo una vida de confort y de molicie, pero sí os aseguro que habréis de cruzar el espacio infinito, que habréis de vibrar con la Armonía Universal de la que todos somos parte y que habréis de llegar con bien a vuestro final destino.

SUEROS ANTI-Rh
y
HEMOCLASIFICADORES
de la
MICHAEL REESE
FOUNDATION

•
ANTIGENOS FEBRILES
DIAGNOSTICOS
Salmonella Typhi "H" y "O"
Salmonella Para-Typhi "A"
Salmonella Para-Typhi "B"
Brucella Abortus
Proteus Ox-19

DE LA
MARKHAM LABORATORIES

•
ESPECTROFOTOMETROS
y
Reguladores de Voltaje
Electrónicos

DE LA
COLEMAN INSTRUMENTS
CORPORATION

•
Hoffmann-Pinther
& Bosworth, S. A.

"La casa del Laboratorista"

Artículo 123, N° 123

Teléfonos:

18-16-06 35-81-85

México, D. F.

Suscríbese usted a la revista
Universidad de México

Letras • Ciencia • Sociología

ACTUALIDAD UNIVERSITARIA Y ARTISTICA

La suscripción anual cuesta \$5.00